

¿Diálogo o mano dura en Colombia?

Plinio Apuleyo Mendoza

Plinio Apuleyo Mendoza, uno de los escritores y periodistas más notables de Colombia y Latinoamérica, ha consagrado su vida intelectual al debate ideológico, lo que le ha permitido transitar sin dogmatismos por el espectro político de las ideas, hasta convertirse en lo que es hoy: un defensor público del régimen de libertades y un crítico del pensamiento y las revoluciones marxistas. En el siguiente ensayo, ofrece un análisis de la actual situación de violencia que vive Colombia, atribuible especialmente a la guerra que los movimientos subversivos le han declarado al sistema democrático.

QUISIERA COMENZAR ESTAS PALABRAS CON una afirmación a primera vista impugnable. Vivimos en un país en guerra. En un país donde dos concepciones de la sociedad, profundamente antagónicas, las mismas que dividen al planeta, se enfrentan con las armas en la mano.

Se trata, me he anticipado a decirlo, de una afirmación impugnable, pues nunca faltan en Colombia, país de juristas, fervientes devotos de las definiciones exactas para recordarnos que no se reúnen en el país las condiciones para darle a la acción de las guerrillas y a la acción militar encaminada a restablecer el orden público, el carácter de una guerra civil.

Guerra civil es otra cosa, dirán sin duda con razón. Y muchos, inclusive al propio Presidente de la República, recuerdan a menudo que la guerrilla colombiana lleva treinta años operando y que por lo consiguiente se trata de una situación endémica, de una enfermedad crónica, de una anomalía heredada por cada gobierno y sin solución fácil. ¿Por qué pedirle milagros a un gobierno para un mal que sus antecesores no han podido remediar?

Para sortear estos reparos, me apresuro a decir en primer término que hablo de un país en guerra sin ningún rigor jurídico: de un modo apenas metafórico. Hablo de un país en guerra por oposición a un país que vive en paz.

Innumerables violencias nos azotan. Pero entre todas ellas, no puedo dejar de observar que la más extendida, más profunda y perturbadora, por su antigüedad y el radio de acción que tiene, proviene de la guerra de guerrillas. Ella no es episódica, sino constante. No se expresa como insurgencia ante una coyuntura particular. Obedece a una concepción total: el cambio

IV TRIMESTRE 1988

de un orden político y social por medio de la acción armada. Se busca subvertir un ordenamiento constitucional a través de la violencia revolucionaria.

¿Qué se nos propone en concreto? Las precisiones no abundan, y es probable que sobre el carácter de la sociedad que pudiera surgir de esta revolución armada, si ella llegase a triunfar, existan discrepancias en el seno de la propia guerrilla colombiana.

El M-19 habla de una revolución nacionalista y antioligárquica. Ignoro en qué término la designan las FARC, el EPL, el ELN. Seguramente en vez de una definición exacta, hablarán de una revolución democrática, popular, anti-imperialista. Poco importa. Dentro de la perversión semántica del lenguaje político, propia del mundo moderno, estas palabras suelen expresar realidades contrarias a su enunciado. La estrecha, evidente filiación ideológica de las FARC con el partido comunista; del ELN con la revolución cubana; del EPL con el marxismo leninismo en su línea china, permiten suponer que se trata, pese a todos estos subterfugios semánticos, de una revolución encaminada a imponer en Colombia una sociedad socialista o comunista, como acabaron siéndolo las de Cuba y Nicaragua.

En desarrollo de esta presunción, a mi modo de ver bien fundada, he hablado de una confrontación entre dos sistemas políticos y económicos: uno comunista o si ustedes prefieren, marxista-leninista, y otro democrático, en el sentido de que dentro de él el poder nace del sufragio universal.

El fenómeno es nuevo en nuestra historia política. Es también un fenómeno actual, un tipo de enfrentamiento que en la segunda mitad del siglo se ha producido en otros lugares del planeta, especialmente en el llamado tercer mundo: en el sudeste asiático y en países africanos.

Ver esta lucha armada solo como manifestación de una violencia endémica, otra más de las muchas que han sacudido nuestra vida, republicana, es peligrosamente equivocado. Nada tiene que ver con las guerras civiles del pasado. Ellas, como ustedes bien lo saben, obedecían a una lucha por el poder entre nuestros dos grandes partidos históricos, cada vez que fueran desconocidos desde el gobierno los fueros del uno o el otro. No discutía ninguno de ellos los fundamentos mismos del sistema democrático. Podían burlarlos coyunturalmente, pero no intentaban sustituirlos o derogarlos de manera definitiva.

Tampoco puede reducirse a un problema de delincuencia común ni a unas situaciones de orden público más o menos marginales. El desarrollo mismo del hecho armado le da hoy un carácter distinto al que tenía veinte o treinta años atrás. Entonces la guerrilla operaba con tres o cuatro frentes en regiones apartadas en nuestra geografía. Sus ataques eran esporádicos y movilizaban grupos reducidos. Carecían de una estrategia de conjunto, y no combinaban su acción con otras formas de lucha.

La situación de hoy es otra. La guerrilla colombiana con sus diversas organizaciones, actúa en más de cuarenta frentes, y está presente en buena parte del territorio nacional: desde la Sierra Nevada hasta el Putumayo, desde Urabá hasta Arauca. Sus ataques no son esporádicos, sino constantes, casi diarios. La guerrilla no ataca con grupos de diez o veinte hombres, sino de cincuenta o cien. Asedia regiones donde se encuentran fuentes importantes

de riqueza nacional: el petróleo, el oro, el banano; y ahora intenta poner un pie en regiones cafeteras, al occidente de Caldas.

La suya, por otra parte, no es solo una acción armada. Combina otras formas de lucha; el terrorismo económico con la constante voladura de oleoductos; la acción gremial con marchas campesinas y paros cívicos; la acción sindical infiltrando a través de militantes o simpatizantes suyos sindicatos o agrupaciones de obreros, empleados o institutores. Tiene brazos políticos y electorales que desarrollan una labor proselitista y a la vez buscan invalidar la acción represiva del Estado contra la guerrilla pidiendo la derogación de medidas de excepción, el levantamiento de Estado de Sitio y la desmilitarización de zonas.

Finalmente la guerrilla colombiana ha conseguido articular la acción de sus diversos grupos y frentes en una gran Coordinadora nacional. A través de impuestos a la producción de coca, del boleteo, las vacunas y el secuestro ha logrado recursos millonarios. Gracias a ello, dispone de toda la infraestructura logística —aeropuertos clandestinos, conexiones en el exterior— para proveerse de armas modernas. Sus combatientes tienen con frecuencia mejores equipos que el propio ejército nacional, y gracias a su movilidad tiene una presencia más activa y constante en muchas regiones campesinas.

Dos diagnósticos

¿QUE SOLUCION DAR A UN HECHO SUBVERSIVO de tan vasto alcance? El país no lo sabe a ciencia cierta. Dirigentes políticos y eclesiásticos, órganos de opinión, catedráticos y universitarios están divididos hoy entre dos soluciones opuestas que rudimentariamente ustedes me permitirán definir así: diálogo o mano dura. Las dos parten de un diagnóstico distinto del fenómeno guerrillero.

Los partidarios del diálogo establecen una relación directa, de causa a efecto, entre las distorsiones de nuestro desarrollo económico, las insolentes desigualdades sociales que ha generado y el auge de las guerrillas. Considera también que esta se ha visto estimulada por la falta de espacios políticos para las corrientes que no se identifican con el bipartidismo. En otras palabras, la guerrilla sería hija de nuestra deficiente democracia política y social. De ahí que propongan como solución de paz un programa audaz de reformas, y el diálogo con los grupos en armas.

Los partidarios de la mano dura parten de otros presupuestos. La subversión para ellos, tiene un solo móvil político, irrenunciable: la toma del poder, en función de una ideología marxista-leninista que tiene su propio diseño social y no transige con paliativos reformistas. Serían también la expresión local de un proyecto planetario: la conquista del mundo por el comunismo. El poder de la guerrilla reposaría en la extorsión económica y en la intimidación de la población campesina. Aceptaría treguas y diálogos con un sentido táctico, para desmovilizar cualquier respuesta represiva y fortalecerse. Por lo consiguiente, el problema solo admite una solución: la de derrotar militarmente a la guerrilla.

Personalmente, pienso que estos dos diagnósticos no se contradicen, pese a todo; son polarizaciones de una realidad sumamente compleja.

Creando desigualdades profundas, deprimiendo el campo, concentrando en las ciudades a una enorme población marginal, empobreciendo las clases medias, favoreciendo el enriquecimiento de unos pocos a base de especulación, el mal desarrollo ha producido entre nosotros agudas tensiones sociales. El nuestro como lo llaman los franceses, es un capitalismo salvaje. Pero esta situación no conduce de modo inexorable a la subversión, mientras existan vías políticas abiertas al descontento.

En Colombia las hubo en otros tiempos. El partido liberal, en especial, fue vocero de esas profundas corrientes que hervían en el subsuelo social del país. López Pumarejo, desde el gobierno, y luego Jorge Eliécer Gaitán, desde su tribuna de inconforme y opositor, expresaron esas aspiraciones y les abrieron alternativas democráticas.

No quiero mistificar el populismo como solución a nuestros problemas. Ignoro cuál habría sido en última instancia el balance de un gobierno de Gaitán. Quizá había abierto el acceso a una cierta democracia social facilitando un relevo de grupos y sectores dirigentes. Lo único que puedo asegurarles es esto: si en vez de ser asesinado, Gaitán hubiese podido realizar desde el poder su experiencia, no tendríamos hoy un país infestado de guerrillas. Pero no solo fue asesinado, sino también las ardientes esperanzas suscitadas por él fueron tronchadas por la represión. El Frente Nacional, que siguió a diez años de violencia, estableció de su lado un sistema de cerrojos institucionales que dejó sin juego real a la oposición y sin espacio a fuerzas ajenas al bipartidismo.

Para mí tengo que las guerrillas surgieron de esa suma de factores: de fuerzas socialmente deprimidas que no encontraron manera de expresarse por la vía legal y política, y acabaron postulando como único cambio posible de la sociedad colombiana el de la vía armada.

Hasta aquí, como ustedes verán, mi diagnóstico parece muy próximo al de aquellos amigos que proponen como respuesta al hecho subversivo un programa de reformas y diálogo con la guerrilla. Sin embargo discrepo de ellos. Creo, sí, que las reformas que proponen son urgentes: reforma agraria, reforma urbana, otro modelo de desarrollo. Pero me temo que esos amigos ven la guerrilla solo en su etapa inicial de insurgencias y no en su posterior desarrollo como movimiento subversivo.

El fenómeno es común a otras guerrillas latinoamericanas, tocadas por la fiebre del vanguardismo, del voluntarismo, del subjetivismo. Nacidas de una coyuntura histórica y social, pero enajenadas por una ideología, tienden a marginarse de la sociedad para convertirse en un cuerpo aparte, militarizado, jerarquizado, dueño de su propia verdad litúrgica. Cierta lógica castrense prima sobre la lógica política. Se convierten en un aparato de guerra, que no repara en los medios. Si las masas campesinas no son sensibles a su discurso ideológico —y no lo son casi nunca, pues el campesino, que es por naturaleza un realista, resulta ajeno a divagaciones de este género—, se les somete por intimidación.

La enajenación ideológica, exacerbada por el aislamiento, les permite matar dotando a sus víctimas de un simbólico valor de representación.

Así un policía, no es un pobre policía, un servidor público, sino un brazo armado de la burguesía. Secuestrar es una operación de finanzas. Asaltar un banco, una expropiación. Volar un oleoducto no es un daño criminal a la riqueza nacional, sino un golpe al imperialismo. Boleteo y vacuna, un impuesto a ganaderos y hacendados.

De este modo un lenguaje y una visión enajenada exaltan para ellos acciones que los colombianos corrientes, ajenos a tal delirio, llamamos con su propio nombre: asesinatos, secuestros, robos, extorsiones, atentados. Situados en latitudes tan diversas, las mismas que existen entre un hombre ebrio y otro en su sano juicio, uno se pregunta hasta dónde el diálogo es posible. ¿Aceptarán renunciar a su frente de poder —un poder económico considerable y un poder armado— para someterse al juego democrático, que es el de las mayorías, cuando ellos son, sin remedio, electoralmente, una minoría? ¿Aceptarán, honesta y no tácticamente, jugar con las cartas de un sistema que su propia ideología describe como un engaño de clases dirigentes? Difícil.

Deberíamos preguntarnos qué ocurrió realmente con la política de paz del presidente Betancur. Fracasó, como ustedes saben. ¿No están acaso las guerrillas en acción, inclusive las FARC? Unos dicen que el proceso se frustró entre otras razones, porque las Fuerzas Armadas no le jugaron limpio. Otros recuerdan los atentados a los guerrilleros amnistiados y la guerra sucia responsable de más de 600 muertos entre los dirigentes de la Unión Patriótica. Hay buena parte de razón en estas afirmaciones. Las Fuerzas Armadas no tenían ninguna confianza en el diálogo y la tregua. La guerra sucia es una triste realidad.

Pero hubo, pese a todo, por parte del gobierno una fuerte voluntad de hacer la paz, y es difícil imaginar que en este camino pueda irse más lejos que el presidente Betancur. Debemos preguntarnos, en cambio, si existió una real voluntad de paz por parte de la guerrilla. Tomemos el caso de las FARC. Las FARC firmaron la tregua. Se creó la Unión Patriótica, que es un movimiento legal y político, muy cercano en su origen a este movimiento armado. Pero en fin de cuentas los frentes de las FARC, aquí y allá, continuaron actuando. La tregua solo existe en el papel.

El M-19, por su parte, considerando que los acuerdos no se habían cumplido, se tomó el Palacio de Justicia con las horribles consecuencias que conocemos. En esta tragedia, para decir la verdad completa y no a medias, tienen también responsabilidad los mandos militares: su operativo no tomó para nada en cuenta la vida de los rehenes.

La paz, ¿una utopía?

LA HIPOTESIS, QUE DESEO PLANTEARLES ES ESTA: parece difícil renunciar voluntariamente a un poder, cuando este es considerable, y tal es el caso de la guerrilla. La iniciativa armada les corresponde casi en un ciento por ciento. Tienen una fuerte implantación como hecho armado en vastas zonas del país. Sus recursos económicos son enormes. Sólo en un banco de Panamá, a la muerte de Jaime Bateman, tenía el M-19 20 millones de dólares. ¿Veinte

millones! ¿Conseguidos cómo? Con las armas. Era el producto de asaltos y secuestros.

¿Por qué habrían de renunciar a semejante poder? ¿En nombre de qué? ¿De los principios de la democracia burguesa? ¡Si no creen en ella! Su lucha —muchas veces lo han dicho— se adelanta para sustituirla por un poder popular! ¿Van a someterse a sus leyes y principios? ¿Los veremos mañana bregando, en el polvo y el sol de las plazas, para ser elegidos diputados, representantes o senadores? No, creo que aquí francamente pisamos una utopía.

No obstante, los grupos en armas continúan proponiendo diálogos, y dirigentes políticos los han aceptado con la esperanza de conseguir la paz. ¿Será aún posible obtenerla por esta vía? Buena parte del país se muestra escéptica. Las propuestas de las guerrillas hablan, por lo pronto, de aceptar los acuerdos de Ginebra para humanizar la confrontación bélica que existe en el país, de realizar una consulta popular a propósito de una nueva Constitución, de respaldo a una huelga generalizada por la CUT¹ y de ciertas reformas económicas y sociales. Se ha propuesto también el levantamiento de Estado de Sitio y la desmilitarización de zonas.

Todo este denso conjunto de condiciones previas hacen pensar que el interés de los grupos en armas se orienta a obtener en el exterior el “status” de fuerza beligerante, identificarse con movimientos de protesta social y a debilitar la capacidad de respuesta del Estado a través de recursos de excepción, sin que se vea clara, como no se vio clara tampoco bajo el gobierno de Betancur, su voluntad concreta de desmovilizarse y deponer las armas.

Todos queremos la paz. Todos o casi todos, en el fondo de nuestra conciencia, preferiríamos el diálogo y la solución política al enfrentamiento armado. Pero si queremos encontrar una solución a la crisis debemos operar con la realidad objetiva y no solo con nuestros anhelos íntimos y nuestra vocación de hombres habituados a movernos dentro de una normalidad institucional. Toda Europa, con excepción de Hitler, de Mussolini y sus fanáticos querían la paz en 1938. El militarismo alemán logró servirse de estos deseos de paz, de esta voluntad inquieta y febril de arreglo a cualquier precio de las democracias, como instrumento de su propia estrategia. Los diálogos y acuerdos de Múnich no produjeron la paz. Desmovilizando a los aliados, le hicieron más fácil el camino a la agresión nazi.

Que algo similar no ocurra entre nosotros. No podemos ser idiotas útiles. Nuestra estrategia defensiva debe combinar, como lo hace la guerrilla, diversas formas de acción. Debemos mirar lo que ocurrió con movimientos similares en otros países de la América Latina. En dos de ellos, la guerrilla resultó triunfante: Cuba y Nicaragua. En los dos países la lucha armada se realizó contra un dictador, en nombre de la libertad y no del comunismo. No es nuestro caso. En otros dos países la guerrilla fue aniquilada: en el Uruguay y la Argentina. Se logró por medio de una dictadura militar y con un costo terrible de muertos, desaparecidos y atropellos a los derechos humanos. No nos sirve este ejemplo. Somos demócratas. Queremos mantener nuestro Estado de Derecho.

1 / N. del E. Tal huelga fue realizada el pasado mes de octubre, durante un día, sin ningún respaldo popular, constituyéndose en un verdadero fracaso.

Hubo solo un país donde la guerrilla fue neutralizada y absorbida sin que sucumbiera el régimen democrático: Venezuela. Allí la guerrilla fue militar y políticamente derrotada y luego amnistiada. Para lograr lo primero hubo voluntad política común al Estado y la Nación. Gobierno, partido, gremios, sindicatos, parlamento, poder judicial actuaron articuladamente en defensa de la legalidad. Los mecanismos defensivos del Estado fueron reforzados y no debilitados. Los jueces no entraron sino facilitaron la acción de las Fuerzas Armadas. El propio rigor del Estado en defensa de la ley impidió la aparición de grupos paramilitares y de la guerra sucia, porque la sociedad se sentía defendida debidamente.

Los dos partidos más fuertes del país no mostraron fisuras en su actitud de firmeza: en defensa de un orden legal que allí como aquí sanciona el asesinato, el robo, el secuestro, el asalto, la sedición armada, la extorsión. Hubo, pues, una estrategia común para salvar un sistema y unos principios. Cuando la guerrilla había sido política y militarmente derrotada, se le ofreció el indulto, y el país quedó pacificado. Si en vez de dialogar con una guerrilla derrotada se hubiese dialogado con una guerrilla triunfante, la amnistía se habría convertido en armisticio, con los sediciosos poniendo condiciones.

“En nombre del socialismo, la doctrina que a lo largo del siglo pasado y a comienzos de este hizo concebir las más grandiosas esperanzas —ha dicho Vargas Llosa— millones de hombres fueron encerrados en campos de concentración y exterminados; en su nombre se han implantado regímenes autoritarios implacables; se ha perfeccionado la censura y la regimentación de la conciencia como ni siquiera los inquisidores medievales más imaginativos hubieran sospechado y se ha convertido a la psiquiatría en rama de la policía. En nombre del socialismo se ha prohibido a los trabajadores el derecho de huelga y se ha establecido el trabajo forzado, se ha suprimido la libertad de viajar, de cambiar de oficio, de emigrar, y en nombre de la ideología del bienestar y del progreso se ha mantenido en la escasez y el sacrificio a la población”.

Tal es el tipo de sociedad que se nos quiere imponer por las armas. Tal es el peligro que se cierne sobre nuestro país. ¿Debemos cerrar los ojos ante él para buscar sólo la paz a cualquier precio?

¿Debemos ignorar el reto que se plantea a los principios mismos de esta república?

La subversión se apoya en las armas, y no puede haber para ella, mientras siga actuando con las armas en la mano, sino una respuesta en ese terreno. La urgencia que le dio origen, y que subsiste como caldo de cultivo de la primera, requiere, en cambio, profundas reformas para ampliar nuestra democracia política y social. La disyuntiva que se nos plantea, como vías para una paz durable, es pues, falsa. Optar solo por la mano dura es dejar viva la raíz profunda del problema. Pero proponer reformas y abrir un diálogo desprevenido, sin dar respuesta a la subversión en su propio terreno, es librar al país a una terrible amenaza.

Cuando una casa se está incendiando —y nuestro país es una casa incendiada— es necesario, sin duda, saber por qué motivos se declaró el fuego

y hacer todo lo necesario para que no vuelva a producirse. Pero lo urgente e ineludible es llamar a los bomberos antes de que todo se convierta en cenizas. Pues bien: en el caso de Colombia, el bombero debe ser un Estado dueño de todos sus recursos defensivos y con el respaldo de la Nación, dispuesto a defender con todo su vigor a una democracia amenazada.

EL GOBIERNO DEL PRIVILEGIO

“En realidad el comunismo está pasando por una crisis, porque ni siquiera tiene ya el limitado carácter utópico que tuvo en el pasado. La clase obrera, en cuyo nombre y con cuyo apoyo logró llegar al poder, y en cuyo nombre gobierna, ha perdido su fe en la utopía; hasta los miembros de la nueva clase gobernante, privilegiada, han perdido la fe. Al perder esta fe utópica, el comunismo perdió su alma, su *raison d’être*. Sostenido principalmente por una burocracia oficial, relativamente bien remunerada, y por las ambiciones imperialistas de la oligarquía soviética, se ha convertido en un ansia de poder cada día más vulgar; ha perdido su fuerza revolucionaria, y, hasta cierto punto, su fuerza volcánica. El comunismo ha sido reducido a su esencia monopolizadora, hambrienta de poder, y, por consiguiente, se ha condenado a la destrucción. Se ha hecho más burgués y más tolerable para los súbditos, pero no ha dejado de ser lo que es en realidad: el gobierno del monopolio y el privilegio”.

Milovan Djilas

(Vicepresidente de Yugoslavia, amigo y confidente de Tito, se convirtió pronto en una de las primeras víctimas del totalitarismo comunista).